

Requiem por dos veleros de la isla

Por Juan Antonio Padrón Albornoz



En primer término el "Guanchinerfe" que, proa a tierra, apunta a la escollera con su bauprés activo. Tras él, el "San Miguel" y, completando la perspectiva de nuestro Dique del Este, las 88.000 toneladas del "Universe Amiral" que, en días ya lejanos, ostentó el título de mayor petrolero que cruzaba la mar.

Hoy dos veleros han muerto para la isla, para las islas todas donde, durante muchos años, sus tajamares mordieron la mar. Ambos se han ido para siempre de esta agitada vida marinera en la que, a la sombra de blancas velas, vieron transcurrir años y años, décadas y décadas.

Pero el morir ha sido diferente en los dos veleros que, desde este Santa Cruz marino, trazaron en la mar la estela efímera que rubricó sus últimas singladuras.

De uno—del "Guanchinerfe"—conocemos este su reciente morir en la radiante soledad absoluta de la costa africana. Dos años sobrevivió a la "Herbanía", última gran balandra tinerfeña, que tuvo idéntico fin en la Caleta del Mármol, a la sombra del macizo de Anaga. Y mientras la mar azuza el mastín de sus olas contra los descarnados restos desperdigados sobre la playa, el "Guanchinerfe" comienza a desnudarse de tablazón y a dejarse en la costa sus recios costillares.

Muere el "Guanchinerfe" en un silencio sólo roto por un murmullo de olas que rezan eternamente.

Pero el otro velero isleño, el "Armandito", muere—más de veinte años de lenta agonía—en una dársena de Buenos Aires.

Allí el puerto está apilado en la bahía, salpicado y pintado de barcos y, en el fondo, hay contrafuertes de techumbres. El río aparece ancho en la zona donde el viejo velero, sólidamente amarrado a tierra, no termina de morir. Allí, a la sombra del maderamen mojado y tablones deshechos—donde lame y revuelve el agua verde y negra—el barco agoniza rodeado de ciudad y de silencio.

El "Guanchinerfe", con la "Herbanía", tragó distancias y se movió sobre las viejas aguas. Desde sus oficinas en la marinera calle del Dr. Allart, la misma que moría frente a la centenaria Aduana de hermosa portalada, don Andrés Rodríguez rigió su ir y venir cons-

tante en el cabotaje del Archipiélago.

El "Armandito", ejemplo del típico "schooner" americano, vino cargado de años a Canarias desde la Cuba que fue española. Y otros muchos años más tarde, de Santa Cruz cruzó al Plata en busca del oro vegetal de las Pampas. Soñó entonces ser uno de aquellos.

"barcos llenos de trigo que
(temblaron
sobre las olas como en las
(llanuras
el viento cereal de las es-
(pigas".

Pero en Buenos Aires quedó para siempre este último gran velero del Archipiélago. Último vestigio también de la flota que dio al viento, en el Caribe ardiente y huracanado, la contraseña de la naviera Ori-ve.

Flota hoy el vencido "Armandito" en el agua de las resacas, de las noches siniestras, que, amaestrada en las dársenas, es como una vena rota, como el corazón del mar en una irradiación temblorosa y monstruosa. Allí la estampa del veterano velero tiene la misma tristeza del hombre abandonado entre los brazos del sueño y del tedio.

Hoy mira la mar el fantasma del barco con su rostro sin ojos. Cada onda de estela pasajera le traerá el espacio que devoró su proa. Cada paso blanco de gaviota, el vuelo de las aves marinas que aman la libertad y, cada grave ola que golpee su casco frío, el recuerdo de toda la mar.

Allí, entre los párpados de la mar y la tierra, quiere dormir para siempre el veterano "Armandito".

Contra el "Guanchinerfe" arremete el mastín de las olas. Sus escobenes miran a la costa inundada de tristeza, radiante soledad absoluta, mientras se duerme el sol en la arena y, en la ribera dorada, sueñan las rocas al rebote lloroso de la mar.

Cuando el día apaga todos sus oros, todas sus luces, allá arriba fulguran las estrellas, las estrellas soñolientas, como luces que acompañan al barco muerto.

En el "Armandito", rodeado de ciudad y de silencio, una gaviota lo vuelve de nuevo a la vida con la vibración de su presencia blanca, que cae sobre el tiempo muerto y la madera.